



*Carta
del
P. Kepa Plaza,
C.S.V.*

VIATOR WEB N° 78 – marzo 2017

Estimado P. Alain, en julio de 2016 recibía un correo remitido por usted en el que me solicitaba que colaborase en el **Viator Web** de abril de 2017 en el sentido de que pudiera expresar con total libertad reflexiones o puntos de vista que puedan enriquecer nuestro presente como viatores y nos ayuden a descubrir nuestro devenir como Congregación.

Después de las lógicas dudas, le respondí afirmativamente animado por el hecho de que lo que vaya a decir lo hago desde la perspectiva de un amigo y hermano que, sin mayores pretensiones ni especial conocimiento de la Congregación quiere compartir con usted, a modo de una carta sencilla y personal, unas convicciones o creencias, que no tienen nada de novedosas, pues han estado y están presentes en la reflexión de la Congregación, pero que constituyen el horizonte evangélico en el que mi vida busca asentarse y del que se alimentan todos mis afanes y proyectos como religioso CSV.



Kepa Plaza, C.S.V.
Asistente provincial de Chile

I.- La primera identidad de todo religioso y el servicio de autoridad de los superiores.

P. Alain, como primera reflexión que deseo compartir con usted se refiere a lo que desde mi punto de vista constituye la primera identidad de todo religioso y como tal, de los religiosos viatores y la consiguiente responsabilidad de los superiores en su cuidado y salvaguarda.

Al referirme a la identidad como religiosos viatores no me refiero a una identidad que nos viene dada desde fuera como fruto de la profesión pública de nuestros votos, del carisma congregacional, de nuestra ordenación sacerdotal o del rol que desempeñamos como sacerdotes y religiosos en nuestras tareas de misión. Me refiero a esa identidad primera e inequívoca que se proyecta desde nuestro verdadero ser, desde el hondón de nuestra persona, desde el vivir y el transmitir como religiosos.

Apelando a que en ocasiones basta lo justo y necesario a la hora de explicar una realidad, yo me atrevería a señalar que lo que nos debe distinguir como religiosos, aun siendo de vida activa o apostólica, no está en lo que hacemos sino en que “somos para Jesucristo”; es decir, en esa fascinación por Dios que nos lleva a entregarnos por entero a Él y que se expresa esencial y primeramente en experiencia de Dios, en vida de oración y contemplación.

No es el lugar para hacer un tratado sobre la oración, ni soy la persona cualificada, pero sí para señalar – una vez más – que la oración debe formar parte esencial de nuestra vida de religiosos viatores. Soy consciente de que en el mundo moderno la “carta de presentación” de las personas pasa por ser laboriosos, trabajadores y esto, por supuesto, atañe también a los religiosos y nadie duda de que los viatores somos trabajadores, comprometidos, volcados plena y totalmente en las obras y campos de misión.



Sin embargo, aunque somos una Congregación de vida activa, es primeramente la fascinación por Dios, el ser personas de oración vivida y sentida lo que debemos aportar y lo que esperan de nosotros quienes forman parte de la parcela de nuestro amplio campo de Misión.

Los Clérigos de San Viator no somos una empresa que “produce” misión, ni un modelo de gestión de calidad, ni un movimiento filosófico que busca ser comprendido intelectualmente. Somos, o debemos ser, primeramente, un mensaje existencial, un testimonio de vida evangélica, un existir en Cristo y para Cristo”. Y así lo señala San Pablo: “Con Cristo he sido crucificado, y ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí...” (Gálatas 2,20).

He tenido la fortuna de haber compartido y compartir fe y vida con religiosos de profunda vivencia espiritual, manifestada en vida de oración y espíritu contemplativo. Sin embargo, subyace en mí el sentimiento de que, en relación al ámbito de la oración y la contemplación, al menos en los contextos que yo conozco, nos atenemos, por lo general, a lo mandado, a lo “reglado”, sin cultivar

“ese plus” necesario y conveniente para alimentar una vida consagrada que en el día a día se vuelca en amor y entrega a los hermanos y a la misión.

Creo que no digo nada nuevo si afirmo también que en algunas fases de la vida religiosa “más productiva” se corre el peligro de sucumbir a la tentación de que, en razón de los requerimientos de la misión, argumentando que no hay tiempo, ni fuerzas para la oración personal y en ocasiones ni siquiera para los “rezos comunitarios”, nos podemos dejar invadir, no ya por la misión, sino por tareas para justificar y tratar de cubrir el vacío y la ausencia de lo que es verdaderamente importante en nuestra vida de religiosos. En muchos casos los “éxitos” pueden contribuir aún más a dejar de lado a Dios y convertir en una especie de ídolos a las ciencias humanas, a nuestros conocimientos y a nuestras propias capacidades.

El punto de partida que desencadenó el cristianismo, y nuestra propia vocación, fue y ha sido el encuentro sorprendente y transformador con Jesús (Lucas 24). Cada uno de nosotros debemos reflexionar si seguimos conectados a esa experiencia primera o debemos volver a ese punto de partida.



Es evidente que tenemos que acercarnos a Dios, en primer lugar, como compromiso personal, uno por uno, de una manera íntima. Cada uno de los viatores somos quienes, desde la humildad, debemos reflexionar si “velamos” con el Señor o “nos hemos dormido”. Junto a esta responsabilidad y compromiso personal atribuyo a los superiores un papel clave en esa animación espiritual. Animación de los superiores que siempre ha sido y es ejercida en la Congregación con espíritu de servicio.

Sin embargo, soy consciente de que, por una parte, debido a la influencia de la cultura postmoderna centrada en el sujeto, el sumo respeto a lo personal, el libre y autónomo desarrollo y las propias resistencias personales, se hace cada vez más difícil para los superiores abordar ámbitos que conciernen a la vida personal y espiritual de los religiosos, ya sea en privado o en comunidad. Si a ello añadimos la cada vez mayor y compleja gestión de nuestros centros

educativos, parroquias y demás misiones, y los múltiples requerimientos que conlleva el cargo de superior en lo relativo a la gestión institucional, se hace comprensible la dificultad de los superiores en realizar su “servicio de autoridad” en el ámbito de la animación espiritual de los religiosos y las comunidades.

Sin embargo, y apelando a ese plus de entrega, generosidad y liderazgo que conlleva todo cargo de superior, animaría a que, con un sentido profético, hoy más que nunca, cada superior en el ámbito de su competencia siga haciendo hincapié en la necesidad de lo contemplativo, de la oración, de la experiencia de fe, tanto a nivel personal como comunitario, en razón de sentirnos fortalecidos en nuestra misión de “anunciar a Jesucristo y su evangelio...”

- **En primer lugar, tratando de que cada superior, y me incluyo, seamos modelos o referencias mediadoras que lleven a sus hermanos a vincularse a Cristo con una rica vida espiritual. Fuegos que enciendan otros fuegos (Lc. 12,49)**
- **En segundo lugar - superando la doble tentación de promover modelos regidos por horarios, reglamentos y normas o por el contrario, accediendo al libre arbitrio de cada uno - seguir motivando con voz profética a cada religioso y comunidad a cultivar una rica y renovada vida de oración, personal y comunitaria, enraizada en la conversión, vivida en pluralidad de formas e instancias, enriquecida en la Misión, pero finalmente fiel y coherente con lo que es nuestra vocación y decimos ser: hombres de Dios.**

Y todo ello, como señala el teólogo Juan Martín Velasco, en aras a: **“Orar para vivir”**.

Es necesario seguir descubriendo renovadas formas de gestión para determinadas obras y misiones – en las que nuestros colaboradores laicos tengan un papel preponderante - que permitan a los religiosos armonizar adecuadamente la cada vez mayor exigencia de la misión con la necesaria atención a los tiempos de oración, vida comunitaria, descanso, etc.

II.- La vivencia del voto de pobreza y la solidaridad cristiana.

P. Alain, anteriormente le señalaba que lo que nos debe identificar como religiosos es esa fascinación por Dios, el ser hombres de oración vivida y sentida que ilumina los corazones de los demás. En este punto de reflexión me atrevo a señalar que lo que nos hará creíbles ante nosotros mismos, ante los demás y ante Dios es nuestra vida sencilla y nuestra solidaridad afectiva y efectiva con los pobres, los marginados de la sociedad, con nuestras obras viatorianas más necesitadas y nuestra total y plena disponibilidad personal y congregacional a la voluntad de Dios.

A diferencia de los filósofos, que ante el escenario del mundo asumen el protagonismo de preguntarse y dar respuestas, en nuestro caso es el mundo del dolor, del sufrimiento, de la pobreza que nos “asalta”, “invade” y “provoca” a dar una respuesta, y no en abstracto, sino a realidades concretas y a prójimos con nombre y rostro. Como dice la constitución *Gaudium et spes* (88) es el propio Cristo quien en los pobres levanta su voz para despertar la caridad de sus discípulos.

Como religiosos que somos, el Señor nos pide que frente a los “valores” del mundo, tengamos la valentía de dar testimonio de lo diferente, que encarnemos el espíritu de las bienaventuranzas,

que seamos ejemplos inequívocos e impactantes que muevan los corazones en favor de los valores del Reino.



Reconozco la preocupación y motivación del Consejo General para que los viatores hagamos realidad el consejo del amor y solidaridad cristianas. Valoro el testimonio de vida de los religiosos que encarnan en el día a día la pobreza y sencillez de corazón. Agradezco los gestos concretos de solidaridad de parroquias y centros educativos viatorianos en favor de los más pobres y necesitados. Sin embargo, debemos hacernos la pregunta: ¿Qué decir, qué proponer, qué hacer para seguir profundizando en el compromiso personal, comunitario y congregacional en favor de los pobres y marginados de la sociedad en los que se hace presente, vivo y real, el mismo Dios?

Entiendo que hay cinco condiciones básicas que se deben dar para avanzar hacia una opción verdadera y real en favor de la pobreza evangélica y de la solidaridad:

- 1.- Orar para tener ojos para ver y corazón para sentir la realidad diaria de dolor y sufrimiento que nos rodea y que se vive en el mundo.
- 2.- Reconocer humildemente que estamos en un “debe” hacia el Señor en relación a nuestro voto de pobreza. “Si quieres ser perfecto...” (Mt. 19,21)
- 3.- Que cada Provincia tenga una actitud evangélica de apertura a lo que el Espíritu vaya a pedirle en aras a vivir el voto de pobreza y la solidaridad, sobre todo con los hermanos y obras más desfavorecidas de la Congregación, a imitación de los primeros discípulos: “Compartían todo cuanto tenían, vendían sus bienes y propiedades y repartían después el dinero entre todos según las necesidades de cada uno” Hechos 2,44-45.
- 4.- Avanzar en el compartir bienes económicos y recursos humanos entre las distintas provincias y fundaciones.
- 5.- Otorgar un mayor liderazgo a la Dirección general en la toma de decisión sobre las obras, personas y recursos económicos de las Provincias y Fundaciones para facilitar la solidaridad en favor de las obras viatorianas más necesitadas.

Y aquí hago una propuesta de liderazgo a la Dirección General en el sentido de:

- 1.- Realizar, junto con los superiores de cada Provincia y Fundación, un estudio de los distintos campos de misión y obras, marcando prioridades.**

2.- Impulsar en cada Provincia y Fundación un estudio que permita definir su marco de necesidades, o de posible solidaridad, tanto en el ámbito de lo económico como de personal religioso.

3.- Toma de decisiones, donde y a quien corresponda, haciendo realidad el objetivo de la solidaridad propuesto por el Capítulo general.

3.- “Rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies” (Mt. 9,38)

P. Alain, aprovechando esta oportunidad no quisiera terminar el presente escrito sin expresar otra inquietud que llevo en mi corazón: la crisis de vocaciones religiosas que sufrimos en la Congregación y la consiguiente necesidad de reforzar, aún más, la pastoral centrada en favor de las vocaciones a la vida religiosa viatoriana.

El sentido y razón a la llamada a la vida religiosa se sustenta en el propio Señor que nos invita a seguirle pobre, casto y obediente. Son múltiples los documentos que señalan a la vida religiosa como uno de los tesoros más preciados de la Iglesia. “La vida consagrada, enraizada profundamente en los ejemplos y enseñanzas de Cristo el Señor, es un don de Dios Padre a su Iglesia por medio del Espíritu” (Vita Consecrata).

Paralelamente al hecho feliz de que en los últimos años la familia viatoriana se ha visto bendecida por la vocación de laicos asociados, que comparten con los religiosos el carisma viatoriano, la Congregación se ha ido encontrando con una realidad que preocupa a la vida consagrada en general y a nuestra congregación en particular: la escasez de vocaciones religiosas, y el consiguiente cierre de obras y campos de misión.

Sin duda que para todos los viatores el obligado cierre de obras emblemáticas en Provincias y Fundaciones, en algunos casos sostenidas en el tiempo con generosidad heroica por parte de religiosos, ha sido doloroso. Y lo ha sido no porque vayamos perdiendo notoriedad como Congregación, sino porque nos vemos imposibilitados de responder a la llamada de tantos hombres y mujeres que “deambulan como ovejas sin pastor” (Mt. 9, 36).

No pretendo analizar o describir las causas de la escasez de vocaciones en estos últimos tiempos, ni ofrecer principios básicos que sustentan una pastoral vocacional adecuada y, menos aún, ofrecer posibles soluciones porque no me siento cualificado y existe una muy amplia bibliografía y todo tipo de escritos que tratan de ello.

Lo que sí pretendo es motivarme y motivar, aún más, en favor de una necesaria pastoral vocacional en cada una de las Provincias y Fundaciones, como respuesta de futuro y de esperanza de seguir trabajando en campos de misión en los que estamos presentes y en los que nos reclaman como viatores. Si en algo debe primar la humildad es justamente en este campo de la pastoral vocacional, pues supera lo previsible y medible y se instala en la esfera del misterio del obrar de Dios, que no piensa ni actúa como los hombres.



Sé y sabemos que el centro y la clave del trabajo vocacional es Cristo. Él es quien suscita, sostiene y da la fuerza para seguir su llamado. Pero existe una parte de la pastoral vocacional que nos compete a nosotros. Sabemos que todo depende de Dios, pero que pide nuestra colaboración en la búsqueda, promoción, cuidado y aliento de las vocaciones.

Cada uno de los religiosos hemos de preguntarnos si sentimos pasión por el cultivo de lo vocacional o lo hemos obviado, sin tener presente que la tarea vocacional forma parte esencial de nuestro compromiso como religiosos y de toda pastoral. Así nos lo recuerda el apóstol Pablo: “Predicar el evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe; y ay de mí si no anunciara el evangelio” (1 Corintios 9, 16) Nuestra vocación a la vida consagrada, que es un precioso tesoro, se vuelve egoísmo si se niega a hacer partícipes de dicho llamado a otros hermanos.

Sé que la pastoral vocacional constituye un campo de misión muy difícil, complejo, delicado, abierto a desalientos y cansancios, a trabajar mucho y a cosechar poco, a sentir “que somos siervos inútiles” (Lc. 17,10). Pero, por encima de todo, debe resonar en nuestro corazón el envío de Jesús que nos dice “Id por todo el mundo... y yo estaré con vosotros”(Mc. 16,15).

Los viatores como Congregación debemos seguir abiertos a la esperanza y a la seguridad de que hay jóvenes generosos que quieren seguir a Cristo pobre, obediente y casto, desde el carisma viatoriano. “Si quieres ser perfecto...” (Mt. 19, 21)

La vocación religiosa no está adscrita a unos tiempos, ni a unas circunstancias. En el campo de las vocaciones no hay épocas de barbecho. Dios sigue llamando todos los días. No podemos sucumbir a la tentación del desaliento, darnos por vencidos y morir de apatía.

P. Alain, comparto con tantos hermanos de nuestra congregación y de otras congregaciones que afirman que, más que nunca, la pastoral vocacional es prioridad inaplazable por encima de otras tareas y misiones. Soy consciente de que lo vocacional ha ocupado y ocupa un lugar privilegiado en el pensar y operar del Consejo General, Capítulos, Asambleas y organismos provinciales, pero quizás el Señor nos pide en este momento un renovado y esperanzado esfuerzo de todos en favor

de una pastoral centrada prioritariamente en favor de las vocaciones religiosas. El Señor necesita operarios. No podemos desalentarnos o mirar a “otra parte”. El Señor nos dice que “sigamos echando las redes”, que confiemos en Él.

Aceptando y reconociendo que la labor de pastoral vocacional no está adscrita a una edad y que es tarea de todos los religiosos, también es cierto que en este campo se requiere el liderazgo de religiosos entusiastas, que contando con todos los medios a su disposición promuevan específicamente este campo privilegiado de la pastoral vocacional a la vida religiosa

Estamos en crisis de vocaciones, pero que no sea crisis de ánimo y entusiasmo para trabajar en favor de las vocaciones. Lo importante es ponerse en manos de Dios sabiendo que como “siervos inútiles hemos hecho únicamente lo que debíamos hacer” (Lc 17,10) **¿Qué decir a la hora de dar operatividad a la pastoral vocacional?**

- 1.- Desde la Dirección General y los Consejos provinciales seguir impulsando la pastoral vocacional religiosa como algo prioritario. Ver la posibilidad de que algún miembro del Consejo General lidere el impulso y la promoción de dicha pastoral.**
- 2.- Alentar a que se siga trabajando en los proyectos de pastoral vocacional ya existentes en Provincias y Fundaciones.**
- 3.- Recabar de las Provincias y Fundaciones reflexiones y propuestas sugerentes y atrevidas que favorezcan la pastoral en favor de las vocaciones religiosas.**
- 4.- Que la pastoral en favor de las vocaciones religiosas ocupe un lugar privilegiado en las distintas instancias de reflexión Congregacionales y Provinciales, así como en los planes y proyectos pastorales.**
- 5.- Toma de decisiones operativas y evaluables dando todo tipo de facilidades, tanto desde el ámbito económico como de personas.**

Reflexión final.

Frente a la tentación de caer en desánimos o en fáciles autocomplacencias que invitan a renunciar a seguir luchando por la utopía del Reino, Jesús nos invita a vivir nuestra vida de consagrados con radicalidad, con cierto inconformismo rebelde y profético, pero sobre todo a vivir nuestra realidad actual como una ocasión favorable para el crecimiento y la esperanza, motivados por la certeza de que la Congregación de San Viator es don precioso de Dios a la Iglesia.

“Estad siempre alegres. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque ésta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús. No apaguéis al Espíritu. Examinadlo todo; retened lo bueno. Es fiel el que os llama” (1 Tesalonicenses 5,16-24)

Kepa Plaza (C.S.V.)